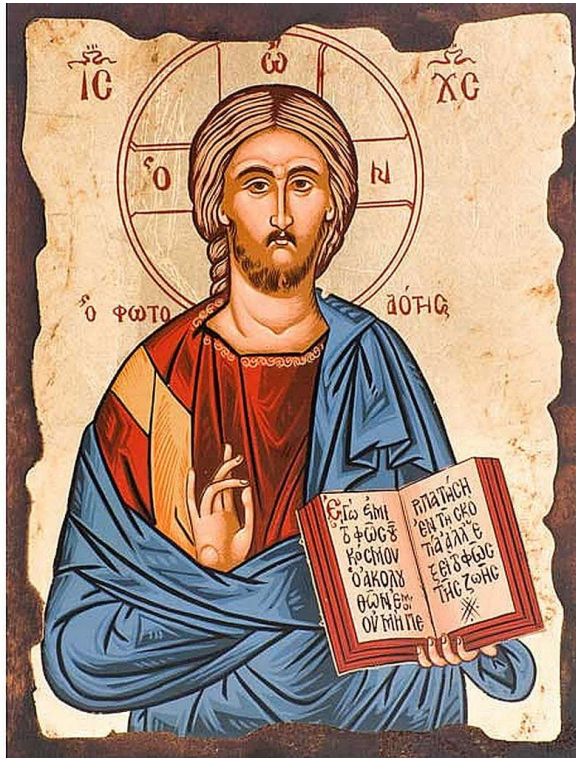


LLAMADOS A SER IMÁGENES DE CRISTO



ICONO

Él es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura” (Col 1,15). Esta es la teología que subyace en el icono del Pantocrátor (Omnipotente). Nos pinta con rasgos del Espíritu el misterio del Verbo Encarnado: es epifanía del Dios trascendente y, al mismo tiempo, rostro humano igual que el nuestro. La composición, hecha de solemnidad majestuosa, es como un eco de las palabras del prólogo del cuarto evangelio: “Sin la Palabra no existió cosa alguna de cuanto existe” (Jn 1,3). Creador y Señor del universo, todo cuanto existe depende de él. Pero a la vez el icono nos revela otra dimensión de Dios: su misericordia, expresado en un rostro acogedor, benevolente, de donde emerge una mirada penetrante y amorosa.

“Vengan a mí los que están cansados y agobiados y yo los aliviaré” (Mt 11,28).

Con la mano derecha nos bendice, mientras en la izquierda sostiene el libro de la Palabra: Él es el Maestro que invita a acoger su Palabra, que es fuente de bendición, de alegría, de paz.

Cristo nos mira atentamente y así se nos expresa otra dimensión profunda de este icono: No está hecho para mirarlo, sino para dejar ser mirados por Él, consentir en ser contemplados profundamente por él y así dejar llevarnos, arrastrados amorosamente, a entrar en la comunión más profunda de su pensar, sentir y querer.

TEOLOGÍA

Cristo recibe todos sus pensamientos, sentimientos, deseos, actitudes, opciones y acciones de su Padre. En libertad, se vacía de sí mismo para aceptar todo lo que el Padre le ofrece. Por eso es el Hijo, la imagen del Padre. El nos revela todo lo que el Padre piensa, ama y siente.

- **Todo hombre** está llamado a ser la *imagen viva* de Jesucristo. La vocación de todo hombre es una y universal: ser imágenes del Hijo, a eso hemos sido llamados. Todas las formas de vida deben comprenderse en el marco del seguimiento de Jesucristo, de la vocación común de toda persona.

“A los que escogió de antemano los destinó a reproducir la imagen de su Hijo, de modo que fuera el primogénito de muchos hermanos.” (Rom. 8,29)

Esta es también la convicción profunda de Juan María:

“Todos los cristianos han recibido esta vocación: ninguno de nosotros entrará en el seno de Dios, si no se ha asemejado antes a la imagen de su Hijo. Es en su Hijo en quien Dios ha puesto toda su complacencia, como Él mismo nos dice. Y para elevar hasta Él mismo a sus pobres criaturas, es preciso que encuentre en ellas los rasgos, y si se puede decir así, el rostro, la imagen viva de Aquel a quien engendró antes de todos los siglos.”¹

¹ S VII p. 2172

- El **bautismo** nos hace hijos en el Hijo. Al revestirnos de Él, nos constituye en sus imágenes vivas. Con toda verdad, con la gozosa humildad de quien se sabe llamado por el Padre, el cristiano puede escuchar para sí mismo las palabras del bautismo de Jesús: *“Tú eres mi Hijo, el amado, en ti me complazco”*. Los lazos de la fe, la esperanza, la caridad unen nuestro ser a Dios. Toda consagración está enraizada en la consagración bautismal.

“En el momento en que recibimos el sacramento de la regeneración, Dios habría podido decimos como a su Verbo, el eterno objeto de sus complacencias y de su amor: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy; has sido revestido de santidad; marcado con el sello con que reconozco a mis hijos y desde ahora tienes derecho a mi herencia, nada podrá quitártela, con tal que no rompas nunca los lazos de fe, esperanza y caridad que unen a Mí todo tu ser.”²

El menesiano está llamado a ser imagen de Jesucristo en su vida. Debe imitar la forma de vida que el Verbo encarnado ha llevado en la tierra. Debe ser exégesis viviente de la Palabra, encarnación de los rasgos del rostro de Cristo que por vocación está llamado a expresar. Debe tomar en todo como modelo a Jesucristo. Esta identificación no es una imitación exterior, sino una unión íntima, fuente de configuración profunda y personal, que transforma el ser, los sentimientos, los pensamientos, el juicio.

Esta configuración con Cristo nos pide entrar en la vía del vaciamiento. Como Cristo se recibe del Padre, el Hermano debe vaciarse de sí mismo para recibirse de Cristo y configurarse con El. El menesiano vive teniendo sus ojos fijos en Jesucristo. La humildad, el anonadamiento, el vaciamiento personal es el camino de la identificación con Cristo:

“No se puede sin ella (humildad) tener algún rasgo de semejanza con Jesucristo.”³

“No te busques en nada; no tengas ningún apego a tu voluntad propia, toma en todo a Jesucristo como modelo; ama la desnudez del pesebre, las pajas de la cuna, la hiel de su cáliz y el madero de la Cruz.”⁴

“Cuando nos dice que quiere nuestra santificación, es como si dijera que quiere encontrar en nosotros las perfecciones de su Hijo: que estemos de algún modo y tanto como lo permita la humana debilidad revestidos de Jesucristo, como dice el apóstol... que sigamos a Jesucristo en todos sus caminos, que juzguemos todas las cosas como El las juzgó, que amemos lo que Él amó... que despreciemos lo que El despreció, que odiamos lo que El odió... En una palabra, que todos nuestros pensamientos sean conformes a sus pensamientos y que seamos su imagen viviente.”⁵

La imagen de Jesucristo, rostro encarnado del Padre, nos viene ofrecida en la Palabra. Es esta Palabra quien nos revela el rostro de Jesús. En la Palabra se nos revelan los pensamientos, sentimientos, deseos, actitudes, opciones y acciones de Jesús, que son las del Padre. En la Palabra por mediación de Jesús se nos revela el rostro del Padre. El Hermano vive alimentándose continuamente de esta Palabra de la que tiene que ser exégesis viviente.

“Sin duda, querido amigo, para conocer bien a Jesucristo es necesario sondear bien las Escrituras, es Él mismo quien nos ha dado este consejo. Es necesario leer y releer, con alma ardiente de fe y amor, el divino evangelio del discípulo amado. Cada palabra debe ser meditada, gustada, saboreada con delicia.”⁶

“Abramos, pues, los oídos del corazón para que esta palabra de verdad penetre en nosotros y que nuestra alma se alimente de ella. No deberíamos dejar pasar un sólo día

² S. III p. 1005

³ S VIII p. 2508bis. Cf. H. M. Doucet, *Antología*, p. 199.

⁴ Cf. H. M. Doucet, *Antología*, p. 60.

⁵ S. VIII p. 2465–2471

⁶ CGI32. Cf. H. M. Doucet, *Antología*, p. 145.

sin leer algunos pasajes de este libro divino; es el testamento de nuestro Padre, el depósito de sus promesas, es la colección de sus discursos, la historia de su vida; nunca sabremos meditarla con demasiada atención y es lamentable que la mayor parte de los cristianos ignoren lo que contiene... Y ¿quién temería menos el no aprovechar las palabras de Jesucristo que profanar su cuerpo cuando tiene la dicha de recibirle en el sacramento de la Eucaristía? La palabra de Dios tiene en sí misma una virtud sobrenatural y sus efectos son maravillosos.”⁷

Es el Espíritu quien debe vivificar en nosotros esta lectura de la Palabra. El Espíritu, palabra interior grabada en nuestro corazón, nos hace comprender la Palabra. Él es la luz que nos desvela el misterio de la Palabra. El abre nuestra mente a la inteligencia de las Escrituras. Es el Espíritu quien encarna la Palabra en nuestra carne. En el bautismo la palabra se hace carne en nosotros por obra del Espíritu. Él es, como dicen los Santos Padres, el iconógrafo del corazón. Es El quien graba en nuestro corazón el Icono de Cristo, es el Configurator. Espíritu y Palabra graban en nosotros la imagen del Hijo:

“Por el bautismo, el Espíritu Santo ha consagrado nuestras almas para que sean templos y las ha adornado con sus dones para que sean dignas de servirle como morada. Más aún, se ha desposado con ellas, las purifica y santifica por los sacramentos, las dirige con sus inspiraciones, las anima y las conduce en la práctica de la virtud, las hace fecundas con toda clase de buenas obras, es el lazo de amor que nos une al padre y al Hijo como une juntos al Padre y al Hijo.”⁸

“Escuchen con un espíritu libre de toda preocupación... esa palabra interior y vivificante que no hace ruido en el fondo de nuestros corazones pero que se volverá el último día contra aquél que no la haya escuchado. Digan a Dios: Señor, estoy a tus pies como un niño pequeño que espera tus órdenes, no quiero ni deseo nada más que lo que me pidas para tu mayor gloria. Habla Señor y obedeceré sin dudar, sin lamentarme, con alegría y con amor.”⁹

“Alimentémonos como ellos, con santa avidez, de este trigo de los elegidos (la palabra de Dios); pidamos a Dios, con humildes y continuas oraciones, que nos dé la inteligencia del corazón, sin la cual no podemos comprender sus divinas lecciones ni penetrar en sus misterios; pídeselo para mí como yo se lo pido para ti, querido amigo, que seamos del número de esos pequeños que se digna instruir él mismo y a quienes le place revelar sus secretos.”¹⁰

PARA LA INTERIORIZACIÓN

La experiencia del encuentro con Jesucristo:

Pertenece al evangelista san Juan explicitar el seguimiento de Jesús como experiencia de encuentro. Los discípulos se dieron cuenta de que Jesús tenía algo especial, que en su pretensión de adhesión personal a Él había un misterio sobrecogedor. Pero hará falta el don del Espíritu para que el conocimiento de Jesús sea encuentro real con el Resucitado.

Por ello, contemplamos:

Juan 3: Nicodemo: Uno busca a Jesús desde sí mismo. Nicodemo, desde su sabiduría religiosa, desde la insatisfacción de quien tiene obras buenas, pero no se siente vivo, libre. Jesús no explica cómo se nace de nuevo, porque lo que importa no es el esfuerzo, sino esperar a que Dios haga. Si supiéramos esperar, estaríamos ya comprendiendo el Reino, que no es otro más que el señorío de la Gracia.

⁷ S III pp. 927–928

⁸ S 632

⁹ S VII p. 2210

¹⁰ CGI32

Juan 4: Samaritana: Un hombre, una mujer y un pozo: Jesús, el corazón de todo hombre y la sed de Absoluto. Pero hasta que uno descubre que Dios sólo es el verdadero amor de la vida, hay todo un proceso. Cuando un día nos hemos encontrado con Jesús, nos hemos dado cuenta de que Él nos había salido previamente al encuentro. Nos pidió de beber, pues Él tiene sed de amor. ¡Si hubiésemos sabido que Él tiene la verdadera agua de la vida! Fue despertando nuestro corazón, lo hizo enfrentarse con las grandes cuestiones y, a la vez, nos iba acercando a su persona. Él, el seductor, que nos lleva al desierto, para hablarnos al corazón y sellar su Alianza (cfr. Os 2, 16-19)

Para “conocer” a Jesucristo

El camino es entrar en relación orante con Jesús a través de algunos de sus encuentros con hombres, mujeres, enfermos, gente perdida... Son iconos que no retienen nuestra mirada, sino que nos invitan a dirigirla a los ojos y al corazón, a la boca ya los oídos, a las manos y a los pies de Aquél que se acercó a ellos y transformó sus vidas.

Además de la contemplación habitual, lo podemos hacer con el método de la repetición o rumia. Para ello:

- 1.- Me pongo en la Presencia de Dios.
- 2.- Busco una frase que nazca del corazón, que tenga resonancia íntima, aunque en este momento no tenga una especial intensidad emocional.
- 3.- La voy repitiendo a golpes de corazón, suavemente.
- 4.- Al final, siempre hago oración de entrega a la voluntad del Señor.

“Yo te conozco. Tú eres el santo de Dios” (Mc 1, 21)

“Si quieres, puedes limpiarme” (Mc 1, 40)

“Sígueme” (Mc 2, 13)

“No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores” (Mc 2,17)

“Todo el que hace la voluntad de mi Padre, ése mi hermano y mi hermana y mi madre” (Mc 3, 34)

“Señor, tú sabes que te amo”

‘Memoria Jesu’ en cada instante

Jesús ha quedado memorizado no sólo en los evangelios, sino en el Espíritu, su Espíritu, el Espíritu que prometió a sus discípulos. La memoria es la forma “espiritual” de hacer presente lo pasado, de representar o hacer presente de nuevo aquello que pasó. El Espíritu Santo mantiene y revive lo mejor de Jesús. *“Hagan esto en memoria mía”* no es únicamente un mandato eucarístico, es también un mandato existencial: *“vivan en memoria mía”, “vivan lo que yo viví”*.

Vivo la Eucaristía diaria en un movimiento de ida y vuelta: del Sacramento a la vida, de la vida al Sacramento.

Cada día experimento y celebro el hecho de ser una comunidad convocada en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Una comunidad que vive el rito penitencial existencial: que acoge siempre, perdona setenta veces siete.

Con una vida edificada en la escucha amorosa de la Palabra. Con una vida inmersa entre todos los hombres, entre los niños, los jóvenes, entre sus gozos y esperanzas... Todo es don de Dios, fruto de la tierra y del trabajo de los hombres. Con una vida entregada como Cristo en la gratuidad y hasta el extremo. *“Aquí está mi vida que se entrega por ustedes...”*